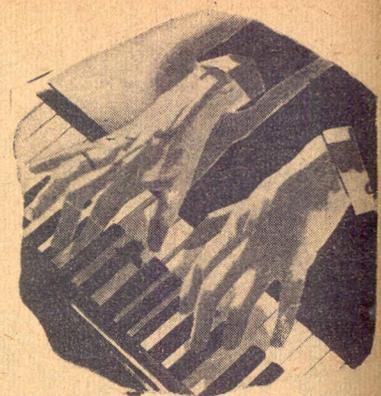


VIDA ROMANTICA DE CHOPIN

por André Maurois -



EL 20 de abril de 1848 partió para Londres. Miss Jane Stirling y su hermana, Mrs. Erskine, lo habían arreglado todo, demasiado bien arreglado, pues fue agobiado de gentilezas y previsiones. Sus amigos le habían reservado un hermoso departamento en Dover Street, con tres pianos, pero todas las noches tenía que cenar entre el gran mundo, lo que le mataba, y sus vómitos de sangre recomenzaron. Dió un concierto en la casa de la duquesa de Sutherland, ante la Reina, el Príncipe Alberto y el viejo Duque de Wellington. Las amplias graderías, cargadas de hombres desnudos, de diamantes, de condecoraciones, le recordaron los castillos polacos de su infancia.

En Escocia se alojó en casa del cuñado de sus amigas Stirling, lord Torphichen, a quien tocaba canciones escocesas que el anciano Lord tarareaba a más y mejor. Esos escoceses le parecían excelentes personas, pero tan originales, que le costaba trabajo comprenderlos. Alguien le preguntó si pensaba casarse con la bella Jane Stirling, que se le con-sagraba fielmente.

—Esto valdría tanto —respondió— como comprometerla con la muerte...

Ese clima duro no estaba hecho para él. Iba de casa en casa, de Duque en Duque. En todas partes, cuadros admirables, de Gainsborough, de Larence, de Romney; en todas partes jaurias de perros, equi-pos de caza. Pero qué aburrimien-to! ¿Qué podía hacer después de la cena, cuando los hombres se quedaban solos para beber brandy y contar historias que simulaban encontrar divertidas, en un idioma que Chopin no comprendía?

Mis escocesas están siempre pre-nidadas a mis talones. Me hacen vi-sitar a toda su familia. Terminar-án matándose con su bondad; y yo, por cortesía, no les negaré ese pla-cer...

Ahora parece un espectro. Su discipulo Guttman, de París, le escri-be que también allí se habla de su casamiento con la bella escocesa.

No, no pienso en una esposa, si-no más bien en la casa paterna, en mi madre, en mis hermanas... El mundo se esfuma a mi alrededor de manera completamente extraña... Me hallo más cerca del sepulcro que del cielo nupcial... Mi alma está en paz. Estoy resignado.

Pero, como siempre, cuando se siente muy enfermo, tiene gran pre-mura por regresar a París, de volver-se a hallar en su pequeño departa-mento, con su piano Pleyel y su ra-mo de violetas en el salón.

Lo que ignora es que las damas Stirling, inquietas por saberlo sin blanca durante esa grave enferme-dad, le han enviado veinticinco mil francos, bajo sobre sellado y anóni-mo. La portera de Chopin, la se-ñora Etienne, recibe en su ausencia el sobre, lo coloca detrás de un re-loj de pared y lo olvida. Discreta-mente, trata la señora Erskine de

Venga, si les es posible., —es-cribe a su cuñado—. **Si les falta di-nero, pídanlo prestado; cuando me jore lo ganaré fácilmente y se lo devolveré a quien se los preste...**

Luisa encuentra tan ago-tado... ya casi no puede hablar; trata de explicarse por gestos. No podía trabajar más, y en su presencia, hacía quemar los manuscritos que quedarían sin ter-minar.

—Respecto al público —dijo—. No quiero darle nada que sea imper-fecto.

En torno a su lecho estaban sus devotos amigos, su hermana y su sobrina, en primer término, su discipulo Guttman, amigos polacos, ad-miradores. El 13 de octubre de 1849 recibió la extremaunción. El 15 lle-gó de Niza su amiga la condesa Del-fina Potocka. Se lo comunicaron a Chopin.

—¿Dónde está?

—Aquí, en el salón.

—¡Ah —dijo Chopin—, por esto Dios tardaba tanto en acogerme en su seno! Aun quería darme una vez más el placer de verla y escuchar-la.

Cuando ella entró, pidióle que can-tara para él. Delfina hizo arrastrar el piano hasta la entrada de la ha-bitación y cantó, dos veces, rete-niendo con gran esfuerzo los sollo-zos.

Al día siguiente, Chopin llamó junto a su lecho a todos sus ami-gos y les dijo algo a cada uno:

—Interpretarán ustedes, juntos, Mozart —les dijo—, y yo los escu-charé.

El médico se inclinó sobre él.

ERA natural que la tierra de la patria lo acompañara en la eternidad, pues a ella le debía su obra. Sí, de esos cantos de campe-sinos polacos, de esas danzas bri-llante y alegres, de esos bellos ros-tros de muchachas polacas, de ojos tan azules y cabellos tan rubios ha-bían nacido tantos Nocturnos, tan-tos Preludios adorables, tantas Po-lonesas heroicas. Chopin era un mú-sico de genio, indudablemente, pero era el genio de Polonia; y el amor a su país, ligándolo por raíces pró-fundas con un doble, glorioso y en-cantador pasado, le dió a su mú-sica una incontrastable grandeza, amalgamada con una infinita gra-cia.

Niños: ustedes que tocarán y es-cucharán esa música, aprendan de ella a amar la tierra natal, y, co-mo Chopin, busquen en la patria, en sus tradiciones y hasta en sus más simples bellezas la fuerza y el genio propios.

(CONTINUARÁ)



En todas las noches tenía que cenar entre el gran mundo, lo que le mataba, y sus vómitos de sangre recomenzaron. Dió un concierto en la casa de la duquesa de Sutherland, ante la Reina, el Príncipe Alberto y el viejo Duque de Wellington. Las amplias graderías, cargadas de hombres desnudos, de diamantes, de condecoraciones, le recordaron los castillos polacos de su infancia.

En Escocia se alojó en casa del cuñado de sus amigas Stirling, lord Torphichen, a quien tocaba canciones escocesas que el anciano Lord tarareaba a más y mejor. Esos escoceses le parecían excelentes personas, pero tan originales, que le costaba trabajo comprenderlos. Alguien le preguntó si pensaba casarse con la bella Jane Stirling, que se le casaba fielmente.

—Esto valdría tanto —respondió— como comprometerla con la muerte...

daban solos para beber brandy y contar historias que simulaban encontrar divertidas, en un idioma que Chopin no comprendía?

Mis escoceses están siempre pendientes a mis talones. Me hacen visitar a toda su familia. Terminarán matándose con su bondad; y yo, por cortesía, no les negaré ese placer...

Ahora parece un espectro. Su discípulo Guttman, de París, le escribe que también allí se habla de su casamiento con la bella escocesa.

No, no pienso en una esposa, sino más bien en la casa paterna, en mi madre, en mis hermanas... El mundo se esfuma a mi alrededor de manera completamente extraña... Me hallo más cerca del sepulcro que del cielo nupcial... Mi alma está en paz. Estoy resignado.

Pero, como siempre, cuando se siente muy enfermo, tiene gran premura por regresar a París, de volverse a hallar en su pequeño departamento, con su piano Pleyel y su ramo de violetas en el salón.

Lo que ignora es que las damas Stirling, inquietas por saberlo sin blanca durante esa grave enfermedad, le han enviado veinticinco mil francos, bajo sobre sellado y anónimo. La portera de Chopin, la señora Etienne, recibe en su ausencia el sobre, lo coloca detrás de un reloj de pared y lo olvida. Discretamente, trata la señora Erskine de saber si el dinero ha llegado... No, nadie oyó hablar de él... Gran emoción. Búsquedas. Finalmente se consulta a Alexis, el vidente, a quien Chopin remite un mechón de la señora Etienne.

—Mire detrás del globo del péndulo —dice el vidente.

¡Oh, milagro! Los veinticinco mil francos están allí, intactos. Chopin protesta ante sus amigas. Es demasiado orgulloso para aceptar un socorro. Pero se logra, mediante pequeñas astucias afectuosas, ayudarlo sin que lo note.

Ahora sabe que no le queda mucho tiempo de vida, porque, en su miseria, siente más vivo que nunca el deseo de volver a ver a los suyos, en especial a su hermana Luisa:

... ya casi no puede hablar; trata de explicarse por gestos. No podía trabajar más, y en su presencia, hacía quemar los manuscritos que quedarían sin terminar.

—Respecto al público —dijo—. No quiero darle nada que sea imperfecto.

En torno a su lecho estaban sus devotos amigos, su hermana y su sobrina, en primer término, su discípulo Guttman, amigos polacos, admiradores. El 13 de octubre de 1849 recibió la extremaunción. El 15 llegó de Niza su amiga la condesa Delfina Potocka. Se lo comunicaron a Chopin.

—¿Dónde está?

—Aquí, en el salón.

—¡Ah —dijo Chopin—, por esto Dios tardaba tanto en acogerme en su seno! Aun quería darme una vez más el placer de verla y escucharla.

Cuando ella entró, pidióle que cantara para él. Delfina hizo arrastrar el piano hasta la entrada de la habitación y cantó, dos veces, reteniendo con gran esfuerzo los sollozos.

Al día siguiente, Chopin llamó junto a su lecho a todos sus amigos y les dijo algo a cada uno:

—Interpretarán ustedes, juntos, Mozart —les dijo—, y yo los escucharé.

El médico se inclinó sobre él.

—¡Supe mucho.—interrogó.

—Más —dijo Chopin.

Fué su última palabra. Dejó de respirar. Entonces su rostro tomó una expresión de serenidad, igual a la del adolescente con aspecto de ángel.

Había pedido que la **Misa de Requien**, de Mozart, fuera ejecutada en su entierro. Este se realizó en la iglesia de la Magdalena. Los órganos tocaron la **Marcha Fúnebre** de Chopin y también uno de sus **Preludios**, desgarrante de tristeza. En el cementerio, sus amigos arrojaron sobre su féretro la tierra de Polonia que antaño trajera de su país en una copa de plata, y que siempre había conservado con amor.

ERA natural que la tierra de la patria lo acompañara en la eternidad, pues a ella le debía su obra. Si, de esos cantos de campesinos polacos, de esas danzas brillante y alegres, de esos bellos rostros de muchachas polacas, de ojos tan azules y cabellos tan rubios habían nacido tantos **Nocturnos**, tantos **Preludios** adorables, tantas **Poemas** heroicas, Chopin era un músico de genio, indudablemente, pero era el genio de Polonia; y el amor a su país, ligándolo por raíces profundas con un doble, glorioso y encantador pasado, le dió a su música una incontrastable grandeza, amalgamada con una infinita gracia.

Niños: ustedes que tocarán y escucharán esa música, aprendan de ella a amar la tierra natal, y, como Chopin, busquen en la patria, en sus tradiciones y hasta en sus más simples bellezas la fuerza y el genio propios.

(CONTINUARÁ)

